

DOMINGO XI DEL TIEMPO ORDINARIO

Santa Apostólica Iglesia Catedral

Excelentísimo Cabildo Catedral, Sr. Vicario General

Autoridades políticas, civiles y militares de Astorga y Clavijo

Miembros de la vida consagrada

Hermanos y hermanas

La Palabra de Dios que hemos proclamado nos habla de pecado, arrepentimiento, misericordia y perdón. La primera lectura del Libro de Samuel narra cómo el profeta Natán descubre al Rey David sus pecados de asesinato de Urías y de adulterio con su mujer. El rey reconoce sus pecados, pide perdón a Dios diciendo: “He pecado contra el Señor” y el profeta Natán le anuncia el perdón de Dios. Como consecuencia de esta experiencia de pecado, arrepentimiento y perdón misericordioso, el Rey David entona el himno que hemos recitado en el salmo responsorial: “Perdona, Señor, mi culpa y mi pecado”.

En el evangelio se nos revela que Dios mismo ha venido a traernos el perdón y la misericordia para lavar nuestro delito y limpiar nuestro pecado. Ya no es por medio de un profeta como Natán sino el mismo Dios hecho hombre en Jesús de Nazaret el que tiene el poder de perdonar y perdona a la mujer que arrepentida de su pecado le pide perdón. Aquella mujer pecadora, seguía a Jesús de lejos. Contemplaba la bondad y el amor de Cristo, su ternura y compasión por todos, especialmente por los pecadores, los enfermos y los pobres. Esto le convence para dar un paso al frente e interrumpir la comida a la que Jesús había sido invitado en casa de Simón. Se postra a los pies de Jesús y sin decir ninguna palabra, pide perdón a través de sus gestos: besa, llora, seca los pies de Jesús con sus cabellos y los unge con perfume. Estos gestos son expresión de su amor por Jesús y manifiestan su arrepentimiento y deseo de ser bueno como Jesús es bueno. El Señor le dice: “Tus pecados están perdonados... tu fe te ha salvado, vete en paz” (Lc 7, 50)

El pecado es una realidad. Por mucho que queramos ocultarla o justificarla está ahí y nos envuelve como en una red. Si nos dejamos atrapar por esta red pecaminosa, el pecado nos conduce a la muerte espiritual y, a veces, también a la corporal y social. El pecado es una realidad personal siempre, porque sólo el hombre tiene libertad y puede usarla para bien o para mal. Sólo el hombre es responsable de sus actos buenos o malos. Pero como os he dicho en la Carta Pastoral “Nos basta su misericordia”: “No existe pecado alguno, aun el más íntimo y secreto, el más estrictamente individual, que afecte exclusivamente a aquel que lo comete. Todo pecado repercute, con mayor o menor fuerza, con mayor o menor daño en todo el conjunto eclesial y en toda la familia humana” Y añadido: el pecado personal hace más daño al conjunto de la sociedad cuanto mayor es la responsabilidad social, política, económica, cultural o religiosa que tiene la persona que lo comete.

Una de las artimañas del mal y, por tanto del pecado, es el ocultamiento, la justificación del mal hecho y el echar la culpa a los demás. Podemos decir que el pecador se comporta como un niño que no quiere tener responsabilidad alguna sobre sus actos. Así sucedió en el pecado de Adán y así sucede en nosotros que pretendemos justificar lo injustificable y echar la culpa al otro creyendo que así nos libramos de nuestra responsabilidad.

¿Cómo descubrir el pecado y el mal que hago? ¿Quién me puede ayudar a descubrir el error y el pecado en el que, a veces, vivo? La verdad. Quien anda en la verdad no comete error, quien está en la luz del día no camina en las tinieblas. La Verdad es la Palabra de Dios que se hizo carne. Es Jesús: Camino, Verdad y Vida. La Palabra de Dios es viva y eficaz, no es un escrito antiguo, sino un espejo donde vemos la deformación que produce en nosotros el pecado. El Espíritu Santo es quien renueva constantemente la Palabra de Dios, nos la enseña y la hace creíble porque el Espíritu “habló por los profetas y en la Iglesia”. Por tanto, la lectura de la Palabra de Dios y la escucha de la voz de la Iglesia en sus legítimos pastores que somos los obispos y el Papa ayuda a descubrir nuestra realidad de pecado y a darnos cuenta de nuestro distanciamiento de Dios, del hombre y de nuestro proyecto de vida.

El Espíritu que nos ayuda a descubrir nuestro error y nuestro pecado, nos da su gracia por medio también de la Iglesia para

arrepentirnos y reconciliarnos con Dios, con los demás y con nosotros mismos. Sí, la Iglesia, nuestra madre, cuando nos habla del pecado no es para acofrecernos o meternos miedo sino para ofrecernos el poder de perdonar que Cristo resucitado le entregó de modo que nos veamos libres de la esclavitud y del error y volvamos a disfrutar de la libertad de los hijos de Dios.

Si esto es así, hermanos ¿Por qué seguir en el pecado? Por qué no pararse a pensar que la vida es muy corta y si vivo instalado en el mal olor de mis pecados me encontraré en el momento final que no puedo presentar el buen olor de las buenas obras del amor.

La Palabra de Dios nos anima, pues, a reconocer nuestro pecado, arrepentirnos de él con humildad, a acercarnos al Señor a través de la Iglesia que es el sacramento del encuentro con él y disfrutar de su perdón y de su misericordia que siempre está esperándonos. Ánimo, pues, sal del pozo amargo en el que te tiene aprisionado el pecado y camino ayudado por la gracia de Dios hacia su misericordia y su perdón. Al final de este recorrido, el mismo de la pecadora, Dios Padre por medio de su Hijo Jesucristo te dirá: “Tus pecados quedan perdonados. Vete y no peques más”

Saludo con afecto a las autoridades de la ciudad de Astorga y de Clavijo que hoy hacen visible el hermanamiento de estos dos nobles pueblos de España en la celebración de la Zuiza. Recordamos aquella hazaña de nuestros antepasados en Clavijo que impulsó el proyecto de renovación cristiana iniciado en Covadonga. Con los métodos y usos de aquel entonces -que no podemos juzgar con nuestros criterios actuales- aquellos hombres creyeron y lucharon por una manera de ser y de estar en este mundo basada en el evangelio. Defendían, entre otras cosas, la dignidad de la persona, la moral, la fe cristiana y una forma concreta de vida social y política. Estos valores cristianos permanecen en nuestro pueblo español con unas raíces muy profundas en las personas y en la cultura. Deseamos compartirlos y que sigan formando parte del poliedro religioso, social y cultural que hoy configura el modo de ser y de pensar de los ciudadanos y los pueblos de España. Creo que está fuera de lugar orillar, olvidar o vituperar unos valores que han demostrado ser un motor de progreso, bienestar y salud espiritual. Los santos españoles dan fe de esta afirmación.

Esta bandera que habéis traído en procesión hasta la Catedral es signo de las raíces históricas de nuestra ciudad. La bandera, aunque fue utilizada en una acción bélica en defensa de la fe cristiana, hoy debemos entenderla como un signo de paz y de reconciliación entre los pueblos, entre las culturas y las religiones. El diálogo para buscar la verdad y construir la justicia es la forma más humana de solucionar cualquier conflicto. Por eso están fuera de la razón humana los conflictos bélicos promovidos por quien quiere imponer su ley en nombre de Dios o utilizando ilegítimamente una religión.

Os invito, hermanos, a que esta recuperada tradición no quede sólo en un acto teatral por las calles de Astorga sino que sea una ocasión para orar por la paz, especialmente por aquellos lugares donde la guerra, el terrorismo y la violencia se han instalado. Pidamos al Señor que abra los ojos a los violentos para que vean la irracionalidad de sus acciones y se conviertan al diálogo y a la paz.

Oremos también por España, nuestro querido y amado país, para que en estos momentos tan cruciales para el mantenimiento de la convivencia, de la unidad, de la estabilidad económica y de la justicia social, todos nos sintamos concernidos en la búsqueda del bien común por encima de intereses particulares y egoístas. Pidamos por nuestras autoridades y por aquellas que saldrán elegidas de las próximas elecciones para que tengan valor y luchen como lucharon nuestros antepasados por la verdad de la persona humana, la dignidad de su vida, la verdadera familia, y el respeto a los derechos esenciales de todos y cada uno de los ciudadanos.

Nuestra Señora que alentó al apóstol Santiago, patrono de España, a seguir predicando el evangelio, interceda por nosotros para que, cada uno de nosotros, según nuestra rectitud de conciencia, colaboremos en la vida social y política con plena y absoluta responsabilidad.

+ Juan Antonio, obispo de Astorga